

# EL ARTISTA.

PERIÓDICO SEMANAL.

NÚM. 7.

## TEATROS ROMANOS.

REPRESENTACION DE UNA COMEDIA DE PLAUTO EN TIEMPO DE NERON.

*Carta á mi amigo D. José Gimenez—Serrano, director del Artista.*



Eda el nombre de *Scena* á toda la construcción rectangular que se eleva en frente del anfiteatro ó semicírculo. La parte que comprende desde el extremo del *pulpitum* hasta donde se coloca en nuestros teatros el *telon de fondo*, se llama *proscenium*; pero este telon de fondo, es entre los romanos, una magnífica decoración sólidamente construida, adornada con columnas de mármol, dorados y hasta pedrerías. Esta es la decoración ordinaria de la escena, pero se cubre á veces de lienzos pintados que se varían según el carácter ó asunto de la obra que se representa. Hay en ella tres puertas grandes. La del medio de forma semicircular, y las otras dos rectangulares. Detrás de ellas se ven también decoraciones movibles que corresponden ó casan con las del *proscenium* y á uno y otro lado de este, y en el sitio que ocupan nuestros bastidores, hay también lienzos pintados y colocados sobre un inmenso prisma trian-

gular, que dando vueltas sobre un eje presentan al espectador, según conviene, sus tres distintas fases con las decoraciones correspondientes á la tragedia, á la comedia, y á las piezas satíricas, únicos tres géneros en que se dividían los espectáculos escénicos de la antigüedad. El interior de las casas, lo mismo que el de las familias, es un sagrado, y nunca representan las decoraciones más que el atrio ó patio de entrada, donde está colocado el altar de los dioses penates, y donde se ven las puertas de los diversos aposentos de la casa.

La parte que está detrás de la decoración se llama *proscenium* y allí están las máquinas para hacer subir y bajar á los dioses del olimpo, á las divinidades infernales, y en fin, para introducir en la escena de un modo maravilloso todos los personajes sobrehumanos. Allí está también el vestuario de los actores, cosa que debe llamar nuestra atención. Penetremos, pues, por cualquiera de esas tres grandes puertas llamadas *thyra* y veamos de cerca á esos *histriones* tan celebrados.... ¿Pero, quiénes son esos gigan-

Marzo 21 de 1847



tes horribles de cerca de siete pies de estatura, con cabezas monstruosas, facciones exageradas y grotescas, cuya voz aunque hablan bajo, retumba como un trueno lejano? Son los actores que vestidos, calzados los *soccus* y cubiertos con la máscara esperan la hora de salir al *proscenium* á representar la comedia. Su calzado, que como acabamos de decir se llama *soccus*, levanta su estatura hasta ponerla en proporcion con la enormidad de las máscaras que les cubren enteramente la cabeza. Están estas máscaras perfectamente modeladas aunque exagerando algun tanto sus facciones, para que produzcan efecto desde lejos: ó son de cobre ó de telas dobles y armadas, y tambien de madera; pero en estos dos últimos casos, la boca está siempre guarnecida de dos láminas de metal para que la voz salga resonante y hueca; por esto llaman los romanos á las máscaras *persona*, del verbo *personare*, resonar. No solo representan estas máscaras las facciones del rostro, sino los cabellos, la barba, las orejas, y las que son de mugeres hasta los adornos del tocado que usan estas, pero sin que haya mas de muger, que la máscara y el traje, los cuales disfrazan bajo las formas de Fhedra, de Casina, etc., á un actor tan hombre como Hipólito y Stalino (1). Si no fuera por la habilidad con que están construidas las máscaras, el actor se sofocaria dentro de ellas, pero son todo lo ténues y ligeras que puede imaginarse, y están pintadas ademas con una admirable belleza de colorido.

Para que todo vaya en proporcion con la altura de los *soccus* de los actores y lo abultado de sus máscaras, los vestidos están tambien acolchados y rellenos de algodón ó borra, siguiendo las formas del cuerpo, y sus brazos y sus manos se alargan por medio de una especie de guantes disimulados, bajo las mangas. El color de los vestidos es tambien conforme con el carácter del personaje: los ancianos usan de un color grave y severo; los jóvenes de la púrpura; los campesinos visten una túnica de piel de cabra y llevan un palo en la mano, y los parásitos visten de negro ó de otro color oscuro. Las máscaras corresponden tambien á los diversos caracteres que representan, y el tipo de

ellas consagrado por la tradicion es invariable; porque el pueblo no toleraria los personajes del esclavo, del mercader, del pedagogo, ó del parásito, sino bajo las facciones que está acostumbrado á verlos siempre en la escena.....

Pero el movimiento de los actores y el rumor que se eleva en el anfiteatro anuncian que se va á dar principio á la representacion... Corramos á ocupar nuestro puesto y observemos.... Todos aquellos cuarenta mil espectadores, esperan guardando el mayor silencio. En medio de él y de las melodías de las flautas, el telon en vez de subir se desprende de lo alto y baja ocultándose debajo del *pulpitum*. Un personaje alegórico descende por medio de una máquina hasta el proscenio y da principio al prólogo de la comedia. Este es otro del que escribió Plauto, y los pocos buenos patrios que asisten á la representacion lamentan entre sí que en vez de los versos del autor que alababan el valor del pueblo romano en las guerras púnicas y las virtudes de Scipion, no sin mezclar algunos rasgos satíricos atrevidos y agudos, se declamen otros llenos de lisonjas rastreras y de adoraciones divinas al feroz hijo de Agripina. Pero el populacho y aun muchos nobles y senadores aplauden, sea por miedo ó por envilecimiento, y aplauden ni mas ni menos que como nosotros aplaudimos en nuestros teatros, es decir, batiendo las palmas y haciendo ondear la punta de sus mantos.

El personaje del prólogo se retira por fin y da principio la comedia.

Imposible es poder seguir refiriendo, al que por primera vez presencia este espectáculo, lo que vé, lo que oye, ni lo que siente. El primer efecto es la estrañeza, despues la admiracion; y es necesario estar acostumbrado á él, como los romanos, para darse cuenta de lo que allí pasa, y percibir las bellezas de la obra que se representa. La declamacion resonante y musical de los actores, acompañada por las melodías suaves de las flautas y repetida por los ecos del pórtico con mil armonías diversas y siempre acordes, aturden y sorprenden la imaginacion de tal modo que solo se comprende que aquel espectáculo, para los que están acostumbrados á verlo, debe reunir en sí todos los encantos fascinadores que proporcionan

(1) Personages de la Fhedra de Eurípides y de la Casina de Plauto.



nuestro baile y ópera moderna, unidos por el admirable genio de la antigüedad á las emociones mas tranquilas y racionales de la representacion hablada.

Aplaude el concurso con frenesí los chistes agudos de Plauto, y mas aun las chocarrerías y las situaciones obscenas en que abunda la comedia de *Casina* mas que ninguna otra ninguna de su autor. Y las damas romanas y las vestales, asisten á aquel licencioso espectáculo sin bajar los ojos y sin enrojecer bajo sus velos. Quizás sucedia lo mismo en los tiempos del autor, en los tiempos de Caton y de los Scipiones, puesto que esta comedia se representaba ya entonces con aplauso; y prueba que la sociedad romana llevaba ya entonces en sí un germen de corrupcion que bajo el cetro de los Césares se ha desarrollado de un modo espantoso hasta producir mónstruos como Calígula y Nerón, y mugeres como Mésalina. No faltan sin embargo romanos que solo aplauden los felices rasgos de carácter de que está sembrada la comedia, y la habilidad y ligereza con que está manejado su argumento, tolerando en gracia de esto los demas defectos. Así es que al concluir el actor la comedia con el obligado *plaudite cives*, equivalente al *perdonad sus muchas faltas* de nuestro antiguo teatro, ó á las coplillas finales de las piezas en un acto traducidas del frances, los romanos con el mayor entusiasmo victorean á Plauto y á los actores; y el telon vuelve á cubrir la escena subiendo por medio de dos garfios de hierro que salen del *proscenium* en medio de los mayores aplausos.

Aquella inmensa multitud se precipita á las puertas para salir, é invade bien pronto las anchas calles de Roma, que retiemblan bajo las ruedas de los ebúrneos carros arrastrados por cuatro arrogantes caballos y manejados con la destreza de un Auriga por los jóvenes de las mas nobles familias; cosa que hubiera escandalizado á Caton y contra la cual tronaba todavia Juvenal. Tienen prisa para llegar á los báquicos y suntuosos festines que los esperan en sus palacios en casa de las cortesanas. ¡Van á comer!....

Dejémoslos comer enhorabuena: los estómagos sóbrios de nuestra edad (por mas que se diga) no tienen fuerzas para ocupar dignamente un *lecho* en esos monstruosos festines que duran toda una

noche, ni están preparados para ello con el emético, ni gustarian de los manjares caprichosos y raros de los romanos sobre todo sazonados con la, para nosotros, repugnante asafétida.

L. VALLADARES Y GARRIGA,

## LETRILLA JOCOSA.

Tal vez insulta la plebe  
al que su dicha desea  
¡y besa la mano aleve  
que la oprime y vapulea!  
que como el refran lo esplica,  
*Sarna con gusto no pica.*

Te casas con una vieja  
porque es rica, mentecato,  
y antes das tú la pelleja,  
ó se muere *ab intestato*  
y el fisco hereda á la rica.  
*Sarna con gusto no pica.*

Sin trigo para una torta  
dice un don Quijote exiguo:  
«pobre soy, pero ¿qué importa?  
Mi solar es tan antiguo  
como el árbol de Guernica.»  
*Sarna con gusto no pica.*

Censura con ceño adusto  
un buen drama don Gutierre  
y, modelo de buen gusto,  
se entusiasma con el *Terremoto de la Martinica*.  
*Sarna con gusto no pica.*

Tu padrino á todas horas  
es huésped tuyo... ¡Bragazas!  
tú solo en Madrid ignoras  
que el padrino á quien abrazas  
es el padre de tu chica.  
*Sarna con gusto no pica.*



»Desde que estuve en tú casa,  
 esclama el pobre Velasco,  
 yo no sé lo que me pasa,  
 yo no sé lo que me rasco;  
 pero ¡ay hermosa Marica!..  
*Sarna con gusto no pica.*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

## LAS TRES CUESTIONES.

(Costumbres.)

Voy á escribiros, discretas lectoras, el mas curioso y divertido artículo que se haya pensado, escrito, impreso, y por tanto leído, desde el año de la creacion del mundo hasta el de gracia de 1847; periodo que abarca, segun los mejores cronólogos, la pequeñez de cinco mil ochocientos cuarenta y siete años. Y no penseis, amables lectoras, que voy á contaros cosas nuevas, á inventar fábulas maravillosas, como EL AMADIS y EL ORLANDO, ni á resucitar los romances del Cid Campeador ó los romanceros moriscos. Os diré cosas tan vulgares como el socialismo de Eugenio Sué, tan conocidas como el QUIJOTE, tan manoseadas como el JUDIO ERRANTE y tan sabidas como el credo y el padre nuestro. El privilegio de invencion se encuentra tan lejos de mí como la industria de la España, y antípoda de nuestra marina, que no aprovecha nuestros bosques, buscaré entre propios y estraños las maderas de construccion que necesito para sacar de mi astillero la mas numerosa y fuerte armada que haya atormentado con sus quillas las mares de ambos emisferios.

Perdonadme, bellas lectoras, siquiera en gracia de este epíteto, el tercero que tengo la honra de daros, mi introduccion y digresion náutica, pues ya voy á entrar en materia, usando las formas mas llanas que me sea posible encontrar.

¿Habeis meditado alguna vez, benévolas lectoras, sobre los bienes y los males que la *mitad hermosa del linaje humano* ha causado á la mitad fea del tambien humano linaje? ¿Habeis examinado en el silencio de la noche, en la calma de la oscuridad, en la concentracion de ideas que la misma oscuridad produce, en la pasion ó pasiones que impulsaron á obrar á ciertas mugeres en determinado sentido? ¿Habéis considerado los instrumentos de que se valieron para precipitarlas, y los

que despues ellas usaron para precipitar á otros?

Mucho me temo, elegantes lectoras, que no hayais dedicado un segundo al exámen de las tres cuestiones que he tenido la honra de someter á vuestro delicado tacto. Y no me admiro á la verdad: teneis que atender á tantas cosas: que medir el tiempo, que invertirlo lo mismo mañana que hoy y ayer, y siempre en negocios importantes.

En primer lugar no podeis levantaros muy de mañana y por razones tan poderosas, que yo me guardaré de combatir las. Es la primera á mi entender, que la que se acuesta muy tarde naturalmente no madruga; y para acostaros muy tarde teneis motivos de gran monta, que mencionaré en otro lugar. Es la segunda, que el ambiente de la mañana, particularmente en invierno, quema los lábios, amorata la tez, produce catarros, y causa un gran número de incomodidades, que, poniendo en peligro la salud, marchitan un tanto la belleza. La tercera razon encuentro en la imperiosa necesidad que siente toda alma entusiasta de prolongar por la mañana los dulces ensueños de la noche: ensueños hermosos que embriagan, como un gran ramo de azucenas en un cerrado gabinete.

Ya veis, lectoras, que reconozco vuestro incontestable derecho á levantaros á las once, pues hacerlo una hora despues dejaria de ser elegante molicie, para rayar en poltronería. Tambien sé ¿y como dudarlo pudiera? que un delicado almuerzo debe restaurar las fuerzas perdidas en la prima noche y velada. Sé que terminado el almuerzo es preciso dedicar dos horas, y no es mucho, al tocador: lavar el sonrosado rostro, el ebúrneo cuello y el seno turgente y virginal. Sé tambien que es indispensable rizar el blondo ó atezado cabello; perfumar los flotantes rizos; dejar el blanco peinador, aprisionar el breve talle, y encaminarse al saloncito; para recibir las visitas, que á las dos de la tarde dadas tienen el incontestable derecho de penetrar en tan delicioso santuario.

Dios me libre, lectoras mías, de querer pasar su dintel, para espiar cuanto allí suceda, ni mucho menos ser delator de lo que mis ojos hayan visto y hayan mis oidos escuchado. Bien pueden entrar tiernas amigas y hacer enteras confianzas; bien pueden entrar amigos tiernos y hacer amorosas protestas: mis lábios quedarán siempre mudos, bastándome solo saber, que agradablemente ocupadas en tan interesantes conferencias no teneis tiempo para ocuparos de las tres cuestiones, que osé hace poco proponeros.

Basta de conferencias, basta: el sol declina y el paseo reclama, lectoras bellisimas, vuestra encantadora presencia. Aprisionar vuestros cabellos bajo la elegante capota ó el matizado sombrero:



echad sobre vuestras espaldas el rico pañolón de la China ó el chal mas lijero y flotante: olvidad, por Dios, el manguito, mueble que detesto con el alma, y calzados los guantes amarillos, juguetead con el pequeño quitasol, como un niño con su volante ó un ave con sus mismas plumas. Subid á la enana carretela, si por fortuna la teneis, y si no, como yo, paso á paso llegad al PRADO, y sin reposar un momento seguid hasta Nuestra Señora de Atocha.

¡El paseo, lectoras, el paseo! ¡Cuántas esperanzas se conciben, cuántos desengaños se sufren, cuántos deseos nacen, cuántas envidias se despiertan! Allí encontrais trenes mas brillantes que los vuestros, las que los teneis por fortuna; allí encontrais trenes, siempre hermosos para quien no tiene ninguno: trenes que despiertan el deseo y que dan lugar á la envidia. Allí encontrais con gala y pompa á una amiga de la niñez, que hizo su suerte enlazándose á un millonario: allí encontrais un opulento solterón que os mira con ojos codiciosos, y concebís dulces esperanzas. Allí veis también á una belleza ya marchita, que tuvo ensueños tan brillantes como los vuestros, sin que se realizaran jamás: allí encontrais quizás al hombre que os juró fé eterna y quebrantó sus juramentos: junto á la brillante esperanza veis el amargo desengaño. ¿Pero qué importa un desengaño? aturdidas con el murmullo de aquella Babel; deslumbradas con los destellos del precioso metal que por todas partes fulgura, al desengaño seguirá una esperanza mas brillante, aunque mas quimérica acaso, y si otro desengaño la ahoga, cuando vuestros ojos quieran ver, lejos del deslumbrante brillo, no se lo permitirán las lágrimas que inundarán vuestras pupilas. Pero qué importan estas penas, que pueden llegar ó no llegar? Bástame saber, que ocupadas con el estruendo y el bullicio no habeis podido meditar sobre las tres cuestiones que tuve el honor de proponeros.

Muy pocas líneas emplearé en recordaros que de vuelta á casa descansais y comeis, sin tener lugar para pensar en mis cuestiones, y os conduciré al coliseo. Dirigid á vuestro sabor los gemelos á todos lados, y juguetead con el ramillete de violetas, melancólicas como el recuerdo de un amor perdido: saludad á vuestras amigas con una sonrisa seductora, y á vuestros amigos con un movimiento de cabeza: la orquesta toca piezas que no deben ocuparos por sabidas ó por su mediana ejecución. Un silbato suena, el telón se levanta, y un drama nuevo se va á comenzar. Son personajes secundarios los que aparecen en la escena y dirán cosas poco importantes: vosotras no quereis oírlas, conversais, de modas por ejemplo, hasta que sale Julian Romea: ahora, un momento de atención.

Examinais detenidamente sus vestidos y confesais que son magníficos de admirable propiedad: le escuchais algunos instantes, y haciendo justicia á su talento confesais, que no copia del natural, por que aparece el natural mismo, y que posee como ninguno la difícil facilidad. Despues aparece Matilde y la concedéis el mismo honor. Sus acentos apasionados os deleitan quizás, pero no sentís, ni llorais como hace diez años llorabais, como hace diez años sentíais. ¿Qué ha sucedido para este cambio? ¿Han perdido nuestros poetas su apasionada inspiración? ¿los corazones de esta década son menos sensibles que los de la década anterior? Cuestiones son estas difíciles y que no debo resolver; pero si me atreveré á decir, que las lágrimas derramadas hace diez años eran el premio de los afanes del poeta: que para arrancar nuevas lágrimas buscaba fuerzas en su genio, fuego santo en su corazón, y que en trasparente de lágrimas brillaba mas pura su gloria. Olvidad, si os place, lectoras, cuanto os acabo de decir, pero si alguna vez encontrais en las producciones dramáticas oscuridad, tened en cuenta que quizás con vuestras distracciones habeis perdido las palabras que aclaraban aquellos hechos, y si encontrais pálido el diálogo y los caracteres sin valentia, tened en cuenta que el poeta escribe con gran desaliento si vosotras no le animais, y que estando helados los corazones de las bellas es en vano querer hallar fuego en los de los hombres, aunque estos hombres sean poetas. Ya sé que poneis en la ópera mas atención y que os entretiene mas el baile; nada opongo á vuestra afición, pero observaré solamente, que todos los pájaros cantan, todas las máquinas se mueven, y que solo el hombre siente, discurre y reflexiona.

Huyamos lectoras del teatro, y refugiémonos á la sociedad, ó si mas os contenta á un baile: yo observaré cuanto sucede mientras vosotras discurreis, conversais, bailais, y á la clara luz de cien bugías presentais los rostros purpurinos y los ojos centellantes con ese cansancio que anima, con esa fiebre de placer. ¡Qué hermosas estais! vuestras miradas son relámpagos que destellan con brillante fuego de amor: vuestras palabras tienen la armonía dulce de las arpas eolias, y al contacto de vuestra tez sedosa, al impulso del sentimiento, perdida queda la razón. ¡Cuán hermosas estais! reinad: pero embriagadas con vuestro triunfo no podreis pensar un instante en las tres cuestiones que era necesario resolver.

Huid del baile: encerradas en vuestros aposentos medita, por Dios, medita en las tres importantes cuestiones que á vuestra resolución someto. ¿Meditais ya? Veo que vuestros párpados se cierran, que vuestros labios entreabiertos respiran



con la dulce suavidad de un niño; que no oís mi voz.... Estais dormidas, y como mañana y pasado tendreis, lectoras, que ocuparos tan seriamente como hoy; me persuado con justo dolor, que ni vosotras ni yo lograremos cumplidamente resolver las tres importantes cuestiones.

J. DE ARIZA.

## EL SUELO NATAL.

*A mi amigo Don F. A. Conte.*

Tras la dulce esperanza  
De prometidos bienes, presuroso,  
El corazon se lanza  
En un mar de bonanza  
Que es luego de afliccion mar borrascoso.

¡Oh, cuánto de ventura  
Y cuánto de placer la edad primera  
Nos finge en su locura!  
¡Cuán bella es la hermosura;  
Su promesa de amor cuán hechicera!

¡Cuán purpúreas las rosas  
En la mañana del vivir florecen:  
Cómo giran medresas  
Las áuras deliciosas  
Que en el pensil de amor les lirios mecen!

El sol nuevos colores  
De claro brillo plácido derrama,  
Y dorados fulgores  
Sobre las gayas flores  
Que el cáliz abren por beber su llama.

Los cristales del río,  
De la armoniosa fuente las cascadas,  
Y del bosque sombrío  
Las hojas agitadas  
¿No suspiran amor y desvarío?

¡Oh infancial bella aurora  
De la infelice vida; sol brillante  
Que benéfico dora  
Con lumbré protectora  
Del tierno niño el cándido semblante,

¿Por qué mentir de encanto  
Blandos goces y eternas alegrías,  
Si solo del quebranto  
Y del amargo llanto  
Eternos son para el mortal los días?

Dime tú, que has vertido  
Llanto de mis pesares en la herida,  
¿Cuándo el pecho afligido  
Triste tumba no ha sido  
De una esperanza con dolor perdida?

¡Ay de mí! si los ojos  
En torno vuelvo ¡oh mísero destino!  
¿Qué hallaré sino abrojos  
Y fúnebres despojos  
Sembrados de la vida en el camiao?

El que llamé mi hermano,  
Pues tanto le adoraba el alma mía,  
¿No surcó el Oceano  
Mientras mi voz en vano  
Augusto.... amado, Augusto... repetía?

¿Y yo no lloro lejos  
Del patrio hogar, do en fúlgidos raudales  
Se estienden los reflejos  
De la luz, sobre espejos  
Que envidia dan del cielo á los cristales?

¿En lágrimas deshecho,  
Naufrago en el bajel de venturosas  
Esperanzas, mi pecho  
Del cortesano techo  
No respira las auras ponzoñosas?

¡Quién, cual antes, sentado  
A la sombra del álamo frondoso  
Que por el mar regado  
Crece, viera á tu lado  
Tornar los años de feliz reposo!

El áura de ambrosia  
Que empapada en aromas de rosales  
Baña la Andalucía,  
Quizás aliviaría  
El grave peso de mis hondos males.

Allí, bajo los cielos  
Do contemplé la luz por vez primera,  
A mis locos desvelos  
Y amargos desconsuelos  
Tu plática de paz bálsamo fuera.



Allí la lira mía  
Cual un tiempo olvidada de pesares,  
De cantos de alegría  
Y de amor, llenaría  
Los vagos ecos de los anchos mares.

Mas si nunca en los prados  
De eterna pompa, y de cristal, y flores,  
Y vientos perfumados,  
Han de verse calmados  
De mi angustiado pecho los dolores;—

Di tú á los verdes mares  
En cuyas olas se mecíó mi cuna,  
A los paternos lares  
Que oyeron los cantares  
De mis horas de amor y de fortuna,

Diles que cuando el viento  
Gima azotando la empinada peña,  
Con misterioso acento  
Les llevará un lamento  
Del vate oscuro que en la patria sueña.

Madrid—1847.

MIGUEL GUILLOTO.

## LA VIRGEN DEL CLAVEL, CUENTO MORISCO.

(Continuacion.)

### EL CAMPANARIO Y EL SELAM.

#### III.

La torre de la iglesia parroquial de S. Cristóval, domina los cerros de la ciudad, las casas todas y la campiña feraz y amenísima. Desde los arcos de su campanario se descubren á vista de pájaro las azoteas, los corredores moriscos, los patios y los jardines; desde allí parece en realidad la Damasco de los árabes, la Elvira de los romanos, la maceta de albahaca de los jardines de Andalucía, una granada partida en siete cascos, cuyos granos son los rojos tejados de las casas.

Colocado en esta atalaya, había visto el sacristán á Amina regar las plantas de su huerto (que casi tocaba con los muros del santuario) y en aquellas alturas nació su pasión, vigorosa con la juventud, ardiente y emprendedora por la fogosidad de su alma y su natural entusiasmo.

Horas enteras pasaba Juan, de pechos sobre el pretil, mirando á su amada recorrer los arriates y las macetas de claveles, mas hermosa que todos ellos, mas pura y mas ligera: allá en su fantasía de enamorado la comparaba con esas hadas que vemos en nuestros ensueños de niño recostadas entre flores, mecidas por el viento en una nube de oro, y coronadas de estrellas.

En la mañana que sucedió á la nocturna serenata, apenas había rayado el alba por las cumbres del Veleta, cuando ya nuestro sa-

cristán ocupaba el alto mirador. La noche fué para él eterna, de agitados insomnios, de convulsivos movimientos, de fatiga, de calor, de esperanza, de vértigos, de dolores y de felicidad.—Había subido los escalones á saltos, y se paró agitado y como satisfecho de sí propio, al observar que la ciudad dormida se extendía cual una niebla abigarrada, sin formas distintas, semejante al mar en calma, sin mas luz que los ténues reflejos del crepúsculo.—Es temprano, dijo en sus adentros, — y un rayo de placer encendió sus ojos apagados con las angustias de la velada. Sacó el clavel que principiaba á marchitarse, lo examinó con ternura, lo besó una y mil veces, y lo guardó en el seno, buscando en aquella flor, prenda de su querida, frescura para templar el ardor que le devoraba el corazón.

—Una corona de fuego empezaba á ceñir la cara frente de la Sierra Nevada, y sus picachos vestidos de hielo, despedían centellas como una diadema de brillantes. Torrentes de luz rosada bajaban por las laderas de la montaña, inundaban los valles, daban reflejos á las azoteas y terrados, y claridad á las calles y á los patios. Los ruiseñores, los gorriónes, los pitirrejos que dormían en el jardín de Amina entre los laureles y los cipreses entonaron sus alegres y bulliciosos gorgoros. La brisa empezó á extender lentamente sus alas, Juan se recostó en el antepecho del arco mayor de los que miran al collado del aceituno.

La veleta y la cúpula vedriada de la torre se pusieron como el oro, el sacristán sintió un relámpago en los ojos, miró al oriente y vió asomar por entre las nieves convertidas en púrpura el ancho disco del sol.—Al mismo tiempo una muger aérea como las nubes blancas, entraba en el jardín de Amina, llevaba una túnica de lana mas limpia que la piel del arminio, con rayas de seda carmesí y sus negros cabellos estaban envueltos en una red de oro. Impío el sacristán como todos los enamorados, irreverente á fuer de monaguillo, creyó al principio que aquello se asemejaba á un arcángel. Mas no: era ella que venía con intencion de regar su jardín. Juan la vió estático por algunos segundos: despues, saliendo de su arrobamiento, tomó el cable asido al badajo de la campana que servía de dosel á su cabeza, y sin separarse del arco, con notable esposicion, empezó á tocar las campanadas del alba, con un desenfado que mas parecia son de rebato ó repique de fuego: á seguir de tal manera, el barrio y la ciudad toda se hubieran puesto en arma. Pero Amina calmó aquella tormenta levantando sus ojos lánguidos (que tambien para ella fueron de tormento las horas de la pasada noche) hacia el alborotado campanario.

La mirada de los dos amantes se encontró en medio del gran espectáculo de la alborada, en la poética y sentida hora de la oracion de la mañana. Sus corazones desde entonces se ligaron para siempre y su vida fué ya semejante á la de esas palmeras que crecen en las islas de flores y de verdura del desierto, una para otra y sin mas destino que entretejer sus hojas, que cambiar el aroma de sus frutos y vivir con la frescura del arroyo que riega el pie de entrambas.

Horas enteras pasaban los amantes por cien varas separados, unidos por el amor; y así se deslizaron dias y dias sin que otro pensamiento acudiera á su alma.

Amina, africana de sangre, mora en sus costumbres, cristiana en sus creencias, queria al travieso sacristán con el fuego del desierto, con el voluptuoso abandono de los orientales, con la poética humildad de la muger esclava de su galán, con la intensidad y espiritualismo de la religion cristiana. Juan estaba loco y muestras de ello daba á cada paso en sus descuadradas respuestas, en sus intempestivas salidas, y en sus distracciones fatales. El Cura no sabia cómo esplicar tanta mudanza: el joven vocinglero y callavera, adelantado y bailador se habia convertido en un calladísimo y prudente mancebo; por fraile pasaria al ver su compostura y rostro macilento, si no diese continuos escándalos con sus irreverentes olvidos. Ni la casulla estaba á tiempo, ni los altares limpios, ni la iglesia barrida, ni las hostias prontas, ni animado el jubileo, ni acordes las respuestas del oficio divino. Las honradísimas comadres, llenas de religioso celo y con la mas sana intencion, murmuraban en el átrio de la parroquia viendo el cambio de Juanillo y hubo mas de cuatro que dieron por seguro su hechizamiento, si bien otras se inclinaban, apoyadas en sucesos semejantes, á que tenia demonios en el cuerpo, ya afirmando que no se veria curado sin su estolazo y exorcismo.

¿Qué le importaba al sacristán de todo ello? ¿Qué es el mundo para los que viven de las ilusiones del corazón? Un árido camino sin mas sombra amiga que la señora de sus pensamientos, un arrenal sin mas riqueza que los tesoros de su amor; y ¡ojalá que nunca quisieran beber del purísimo raudal que llena de frescura y de flores el valle de su vida!

El sacristán no contento con ver libremente á su señora, no sa-



tisfecho con el misterioso lenguaje que lleva la luz de la mirada, el aura de los suspiros, quiso apurar la copa y regalarse con el sabroso licor de otros goceos.

Arrojó una carta al jardín escrita en *algarabía* para hacerse entender mejor de la morisca.

Des noches después al pasar recatado al pie de la celosía de Amina, un ramo de flores cayó á sus pies y conoció que era un *Selam* viendo la singular colocación de los jazmines, de los claveles y del arrayán. Ufano partió á casa de una vieja renegada, tendiera al pormenor, habladora como pocas, y muy sabida: ésta le explicó lo que ya su corazón adivinaba.

—Picarillo, le decía la comadre pocos instantes pasados, siempre lo mismo. Una cita de amores, y á la noche, te da esta dama. En verdad que es principal á juzgar por el cordón de seda y oro con que está cogido el ramo. Buena suerte bribonzuelo ¡quién tuviera tus años!

(Se continuará)

## A Cristóval Colon.

### SONETO.

«¿Quién el furor insulta de mis olas?  
«¿Quién del rumbo apartado y de la orilla,  
«entre cielos y abismo hunde la quilla  
«de tristes naves, naufragas y solas?

«Las banderas triunfantes que enarbolas,  
«en la mojada arena con mancha  
«miedo al mundo serán, no maravilla,  
«y el casco de tus naves españolas.»

Así habla el mar; pero una voz sonora  
¡Colon! clamó, y al inspirado acento  
Inclina la cerviz, besa la prora.

Crúge el timón; la lona se hincha al viento,  
y, Dios guiando, el náuta sin segundo,  
á los pies de Isabel arroja un mundo.

RAFAEL MARIA BARALT.

### REVISTA DE LA SEMANA.

CRUZ.—*¡Lo que es el mundo!* Comedia original en cuatro actos y en verso, por don Eusebio Asquerino.—*La Pradera del Canal;* zarzuela de Azcona.

Cuando en medio de esta sociedad que como un río se desborda sale un alma generosa y con frente serena lucha y relucha por cerrar las esclusas y poner diques en la corriente; cuando en medio de la indiferencia, del temor y del desaliento universal hay una voz que en todas partes se oye, que nos persigue, nos abruma, y nos aturde y que arrancarnos quiere del mal sendero, del mal que allá en sus delirios de poeta vió lleno de espanto; nosotros que también contemplamos con la desesperación de la impotencia ese mar de dolores y de maldad que se estiende á nuestros pies y que nos salpica en el batir de sus cenagosas ondas, le tendemos siempre la mano, que amigos hemos de ser puesto que contra los dos viene un enemigo terrible, un enemigo que nos

atopellará con la cuadriga de su carroza y nos hará pedazos con las yantas de sus ruedas. Los hombres del dos de mayo, los españoles generosos, altivos, cabellerescos, religiosos, son vana sombra hoy, y los que luchan por despertar el fuego de la virtud en sus gastados corazones, de todos deben merecer honra y aplausos. Nosotros creemos con Asquerino que todos los terrenos son buenos para la pelea; cuando hay fe ardiente, cuando hay cólera y generoso aliento, lo mismo es la llanura que los montes: si hay murallas se derriban, si hay trincheras se asaltan.

Amargado el Sr. Asquerino ha querido arrojar á la sociedad presente sus vicios y sus pobres pasiones, la bilis le ha hecho ser infiel en el cuadro, la catoniana dureza de sus principios, su fiero y santo republicanismo le han hecho estraviarse, y ha sucumbido. Su ardor le llevó al corazón de la tropa enemiga y con temeraria imprudencia no dejó ni centro, ni retaguardia y ha sufrido una derrota. Mas—¿qué importa?—dirá á fuer de buen español y volverá otra vez al combate.—Nosotros no creemos lo que cree Asquerino: celebramos sin embargo su generoso ardor, como celebramos el valor de Bolívar, el fiero combatir de la valerosa plebe de Barcelona.

La comedia del Sr. Asquerino no es buena, pero lleva envuelto un pensamiento generoso.—La comedia no es el género á que ha de dedicarse el Sr. Asquerino.—La versificación debe cuidarla mas y el lenguaje.

Y si decimos ahora que estuvo puesta en escena esta función (también original) de un modo ridiculo, si añadimos que nadie comprendió su papel y que se resentía el todo de falta de colorido y de movimiento; se dirá que somos poco indulgentes, y que dirigimos acerados tiros contra el coliseo de la Cruz. Los que tal digan, pueden preguntar á todos, al autor, á los actores mismos, y quedará convencido de que se equivoca, de que nos calumnia. La farsa se ha hecho de moda en la Cruz, y solo las farsas se hacen con afición. No esperábamos en verdad tanto descuido..... Pero inculpamos á los actores, cuando no se les paga, cuando se les obliga, se les apremia y el empresario se burla de ellos! Pobres actores, no son bastantes los sinsabores que el público proporciona ¿habeis de luchar también con *mercaderes*?

Y sentimos un agradable placer al tener que ocuparnos de *La Pradera del Canal*, del Señor Azcona, porque solo elogios saldrán de nuestra pluma. Este cuadro de costumbres está lleno de nobles recuerdos de la gente fiera y altiva de los barrios, trazado con una fidelidad daguerreotípica, y versificado con mucha mas corrección que lo que es costumbre en el teatro. Hay escenas notables por el dialogo, por los pensamientos y por su viveza y chispa; hay otras que arrancan lágrimas y que nos sacan los colores al rostro. El Sr. Azcona, ya conocido como escritor de costumbres, se ha colocado á la altura de D. Ramon de la Cruz y de Castillo, les ha superado en la versificación y en el lenguaje. Siga dándonos tantos sabrosos manjares, y nosotros le aplaudiremos con entusiasmo. Basta por hoy que sobre zarzuelas tenemos que decir algo serio y en artículo aparte, cuando la ocasión sea oportuna. La ejecución fué muy buena á trozos, débil en situaciones interesantes.—La Señorita Noriega llevó la palma de la jornada.—Caltahazor bien, y medianamente otros. Se puso en escena con esmero.

De *la Dama duende* hablaremos despacio y exclusivamente, que bien merecen esta honra Calderon y Romca, *La dama duende* y Matilde.

J. GIMENEZ—SERRANO.

Imprenta de Corrales y Compañía, Salon del Prado, núm. 8.